

EL DERECHO IMAGINACIÓN

El poder atraviesa la sociedad hablando a través de sus órdenes que ejercen una violencia simbólica en un sistema de dolor.

Son peligro las consignas, las opiniones colectivas, las corrientes de pensamiento hecho a medida. Debemos insistir en el derecho a la Imaginación.

Daniel Prieto incide en la relación que establece el niño con este imaginario de muerte a través de los medios de comunicación y diferentes instituciones. la TV propone un mundo de violencia donde se destruyen los seres humanos, y el medio ambiente en un contexto donde lo grotesco y la fealdad se absolutizan y se posterga la capacidad expresiva de los niños.

El aporte de; artículo comprende una novedosa reflexión sobre las últimas series de dibujos animados: Mazzinger y Los Transformers, quienes se suman a Cobra y Rambo, Los Profesionales y Miami Vice en el discurso de la muerte.

Por respuesta Prieto propone rescatar el amor, la creatividad y la solidaridad, retomar estos valores que constituirían el resquicio a través del cual se anuncian formas de relación diferentes.

Esta ponencia fue presentada durante la 2a. Reunión de la Asociación Latinoamericana contra el maltrato del menor en noviembre de 1986 en la ciudad de Guayaquil.

Una orden, afirma Canetti, es como un agujijón que queda clavado, intacto, en lo más hondo del ser de quien lo recibe. Basta que asome una oportunidad, para que a su vez éste use el agujijón recibido. Y así sucesivamente.

Órdenes y violencia marchan juntas. Una orden es una forma de violencia simbólica capaz, a menudo, de golpear más que la violencia física. Y es que, a fuerza de órdenes, se va entretejiendo la trama íntima de nuestro ser. "Tanto agujijón clavado termina por volverse natural, como masticar y hablar. Uno acaba por identificarse con los agujijones, con esos símbolos violentos que llegan desde múltiples bocas, Y como nadie es sino su historia, y como la propia identidad se conforma por lo que vamos viviendo, y como nadie salta graciosamente por encima de su pasado, terminarnos siendo también nuestros agujijones. Hay un sostenido aprendizaje de la violencia que arranca en la más lejana infancia, hay una acumulación de órdenes, de símbolos a menudo feroces, que adquieren tanta consistencia como nuestros huesos. Existe gente, suele afirmarse, capaz de matar por defender un prejuicio. Falso. No es un prejuicio lo defendido. Es el propio ser en el cual ese prejuicio, o ese ámbito de prejuicios, constituyen una parte imposible de arrancar sin herir, sin desgarrar. Y es que los agujijones echan raíces, se hacen uno con nosotros, hasta que terminamos por ser ellos. Cuanto más largo ese proceso de acumulación, cuanto más intensa y prolongada haya sido la corriente de órdenes, más constituido estará el ser de multiformes agujijones. Y más difícil será arrancarlos, y más fácil será lanzarlos en todas direcciones.

¿Por qué las órdenes? El poder habla, a través de ellas. Y no solo el inmenso, el sin márgenes, sin frenos. Está también el otro, el que alcanza apenas un espacio miserable, el que se practica entre dos seres, con un gesto, con una mirada, un movimiento apenas perceptible de la cabeza. El poder atraviesa de parte a parte la sociedad, y con él van las órdenes. No hay poder posible sin un orden; sin un ser, una situación, una sociedad literalmente ordenadas. Por eso la infinita multiplicación de las bocas, por eso tantos canales por donde se precipitan feroces torrentes de agujijones. El ordenamiento social a escala gigantesca y escala de lo más íntimo de cada uno de nosotros. Simetría perfecta, si se lograra, sistema perpetuado por todos los siglos, organismo inmutable.

Pero ¿puede amar alguien semejante perfección? ¿Puede alguien anhelar el equilibrio total de la violencia? Duelen los agujijones, abren heridas. Un sistema perfecto, fundado en la violencia simbólica, es un sistema de dolor, de la muerte, de la entrega de una parte del propio ser, la mejor que tenemos o que podríamos tener, la que busca formas distintas de relación, la que piensa en que no solo el poder organiza y recorre todos los rincones de la sociedad; la que prefiere una imperfección en la que entren la creatividad, el amor, la solidaridad, a la helada perfección de la violencia. Esa parte nuestra capaz el imaginar la vida de una manera distinta, de crear y recrear, de indagar, de criticar, de percibir y proyectar belleza. Esa parte por la que tantos han luchado a lo largo de los tiempos. Lo digo con palabras de Piaget:

“La principal meta de la educación es crear hombres capaces de hacer cosas nuevas y no simplemente de repetir lo que han hecho otras generaciones: hombres creadores, inventores y descubridores; La segunda meta de la educación es formar mentes que puedan ser críticas, que puedan verificar y no aceptar todo lo que se les ofrece. *El gran peligro de hoy son las consignas, las opiniones colectivas, las corrientes de pensamiento hecho de medida.*

Debemos estar en condiciones de resistir individualmente, de criticar de distinguir entre lo probado y lo que no ha sido probado.” (Conferencia dictada en la Universidad de Cornell, Estados Unidos, 1964. Subrayado mío).

El gran peligro de hoy y de siempre, añadimos, nosotros. Consignas, opiniones colectivas, pensamiento de medida, son otras formas de, violencia simbólica, son también órdenes, Jugadas a veces, muchas veces, a través de rostros sonrientes, de reverencias y de incitaciones a entrar en un mundo feliz. Claro que hay formas más explícitas. Recuerdo la consigna de aquel militar del ejército de Franco, la más infame que ser humano alguno haya podido proferir “Viva la muerte”. Junto con los otros derechos niño, los que hablan con toda justicia de la alimentación, del abrigo, de la familia, de la ausencia de maltrato físico, es tiempo de insistir en uno, que no siempre aparece en las declaraciones y en los documentos dedicados a defender a los pequeños: el derecho a la imaginación.

Entiendo por imaginación la capacidad de proyectar situaciones distintas a las vividas, la capacidad de prever cosas nuevas y no simplemente lo que han hecho otras generaciones, la capacidad de inventar, de descubrir, de soñar, de poetizar, de jugar con el lenguaje de manera diferente a la que proponen las consignas, las opiniones colectivas, las corrientes de pensamiento y de expresión de medida.

El poder es enemigo de la imaginación, al menos de ésta, sus órdenes buscan mutilar cualquiera de esas capacidades y en todo caso buscan imponer formas enfermas de imaginación. Porque hay una imaginación abierta a la vida y otra volcada hacia la muerte; una a la belleza y otra a la fealdad, a lo grotesco; una a la creación y otra hacia el conformismo, una creadora y otra domesticada.

Hablemos de esa imaginación enferma, de cómo se la alimenta, se la conforma desde los primeros tiempos de la vida. Recuerdo una experiencia, para mí decisiva en la opción profesional que he mantenido a lo largo de años: fui en una oportunidad a visitar a una familia que tenía un niño de unos diez meses de edad. Eran los tiempos de la llegada de la televisión en blanco y negro a mi ciudad, Mendoza, en la República Argentina. Charlamos más de dos horas y en no pocas oportunidades pregunté por el pequeño. Está bien, era la respuesta, es que ahora se entretiene mucho. Alguien abrió una puerta y me dejó ver el entretenimiento: el chico estaba sujeto con una correa a una silla alta, la cual había sido ubicada frente a un aparato de televisión encendido. Y las imágenes, la música, los sonidos, se abalanzaban sin tregua sobre esa criatura

indefensa. Pues bien, la imaginación enferma comienza a ser alimentada desde los primeros tiempos de la vida, en especial cuando se puede contar con criaturas incapaces de la más mínima defensa. Por que hay defensas, hay maneras de enfrentar esa corriente de la muerte, de la fealdad, del conformismo, como veremos más adelante.

Una imaginación volcada hacia la muerte propone como natural un mundo donde la violencia es la única forma posible de relación. Si son ciertas algunas cifras, en los Estados Unidos un niño ve al año alrededor de 10,000 muertes violentas por televisión. Y digo muertes, no situaciones de violencia (golpes, autos destrozados, insultos) que son muchas más; así, series como “Los profesionales” o “Miami vice”, traen más de 50 situaciones de violencia por capítulo.

Sabemos ya algunas cosas con relación a la contemplación de tales estímulos por un período prolongado (me baso en un informe de AIN y UNICEF, publicado en la revista ecuatoriana Cine Ojo, No. 5, julio del 84):

1. Imitación: los niños de corta edad tienden a reproducir en sus juegos acciones y actitudes que encuentran en los mensajes;
2. cuando se observan ciertas escenas en la TV aumenta la tensión emocional del individuo, lo que implica una baja del umbral para dominar los sentimientos;
3. formación de patrones: el niño termina por concebir la violencia como un medio efectivo para resolver problemas, incluso llega a emplearla en situaciones semejantes a las percibidas;
4. refuerzo: la violencia en la pantalla tiende a perpetuar la violencia en la sociedad;
5. embotamiento: aplanamiento o falta de reacción a los estímulos violentos; se llega a reacción reducida contra la violencia como instrumento, reacción reducida contra la persona que la emplea, preocupación reducida hacia la víctima llevado esto a la indiferencia total, estamos ante un proceso de deshumanización.

Por ese camino se van poblando juegos y mentes de personajes monstruosos, de máquinas de golpear y de matar y hasta se hace natural que el protagonista de Mazzinger persiga a un enemigo en un sofisticado avioncito y lo asesine por la espalda.

Pero no solo a la televisión me refiero cuando hablo de una imaginación de la violencia y de la muerte. Esta se nutre también de prejuicios, de odios acumulados entre sectores sociales, de agujones clavados en la relación interpersonal, del aprendizaje de modos de percibir a los demás a través de férreos estereotipos. Pienso en los odios raciales y nacionales, en la descalificación sin más de enormes grupos, en la propaganda de la guerra, que a menudo se filtra hasta en la escuela pública.

Y hay otra vertiente de esta imaginación: la que presenta a la naturaleza como algo que puede ser destruido sin límites.

Otra vez la televisión: los Transformer para atacar al enemigo, abren un enorme camino en la selva, mediante el salvaje procedimiento de destrozár árboles con toda suerte de rayos; los enemigos de Mazinger provocan terribles explosiones en el mar, y así sucesivamente. La naturaleza es un simple marco de acciones de guerra, se le destruye al antojo de cualquier guionista, y la imaginación se va sembrando de falsas maneras de comprender los límites de la vida de nuestro planeta. Una imaginación de la muerte que iguala, en su licencia para destruir, a los seres humanos y al medio ambiente natural, los elementos más sagrados de esta Tierra.

Una imaginación volcada hacia la fealdad, hacia lo grotesco, propone como normales toda suerte de monstruosidades, tanto en la forma como en las conductas. Pienso otra vez en Mazinger, en la dureza de los rostros de todos los personajes, sean niños o mayores; en un eterno enemigo, mitad hombre y mitad mujer, en los monstruos mecánicos lanzados a destruir y destruir. Pienso en una escena, no la olvidaré nunca, en la que el protagonista come sin control alguno, le cuelgan trozos de alimento de los labios y cuando la muchacha le critica sus modales él le arroja, desde su boca, la comida en la cara. Pienso en los burdos mensajes producidos por no pocas instituciones educativas de nuestros países, en diseños carentes de la más mínima calidad estética, como si ciertos grupos no tuvieran que ser más que objetos de la fealdad.

Pienso, en fin, en la postergación de la capacidad expresiva de la inmensa mayoría de nuestros niños. Me refiero a la capacidad de crear con recursos plásticos, con la palabra, con el cuerpo, con los sonidos.

Una objeción he escuchado varias veces a este punto: ¿a quién se le ocurre hablar de cuestiones estéticas frente a millones de niños que trabajan en nuestros países latinoamericanos? ¿A quien se le ocurre meter poesía en la miseria? Verdad es, lo primero es primero. Pero también hay que plantear estas cuestiones. Porque la postergación de la capacidad creativa atraviesa en gran medida a todos los niños de los diferentes grupos sociales. Y si no, veamos en qué ha quedado esa capacidad en los sectores medios de la población, dónde están las obras, las experiencias de esos pequeños librados a la televisión o a una escuela que niega casi toda forma de expresión.

Esta postergación, esa negación de la creatividad estética, deja a los niños a merced de cuanto mensaje les llega, carente de la más mínima herramienta como para poder juzgar o enfrentar un torrente continuo de imágenes y de sonidos.

Se hace necesaria aquí una precisión. Los mensajes dedicados a sembrar la imaginación de la violencia y de la muerte, los que proponen modelos grotescos cuentan con una enorme gama de recursos expresivos. Los niños no los buscan simplemente porque son la única oferta; sucede que, desde el punto de vista de los formatos, de la trama argumental, de la presentación de personajes y situaciones, *están bien hechos*, nos guste o no. No podemos discutir la calidad técnica de estos productos. Es más, tenemos que reconocer que buena parte de su eficacia les viene de esa calidad.

Frente a esa enorme capacidad expresiva nuestros chicos reciben, como toda preparación, una incesante corriente de mensajes dedicada a domesticar la imaginación.

Llamo imaginación domesticada a aquella que no va más allá de los modelos propuestos por la sociedad, que es llenada de contenidos, que se convierte en mero receptáculo de productos, que, con los años, se vuelve incapaz de proyectar, de descubrir, de inventar, de soñar.

Una imaginación de tal naturaleza viene a ser el resultado de un discurso domesticador. Veamos algunas características de éste:

1. Un discurso domesticador presenta la realidad, la sociedad, como algo terminado, monolítico, sin ningún tipo de resquicios para el cambio, la pregunta, la crítica; ya nadie tiene nada que aportar a las cosas que son como son.
2. Un discurso domesticador se vuelca constantemente hacia el pasado, enseña a pensar hacia atrás, cierra el camino a la mirada ansiosa de futuro.
3. Un discurso domesticador carece de riqueza expresiva, se funda en una insoportable sobriedad, apela en todo caso a metáforas gastadas o a frases altisonantes, pero no palpita, nada está vivo en él.
4. Un discurso domesticador es ajeno a una de las formas más hermosas de humanización: la fiesta del lenguaje. Es incapaz del juego de palabras, de la alegría del canto vivido en grupo, de la explosión de una imagen verbal que provoca la risa o que trae el recuerdo.

El discurso domesticador reina en no pocas instituciones. Menciono una: la escuela. Y menciono dentro de ella, un espacio donde aparece de manera constante: el libro de lectura. Nos ha tocado trabajar ese material en algunos países latinoamericanos. Salvo excepciones, y éstas cuentan sin duda, nos hemos encontrado con mensajes que excluyen la expresividad, la fiesta del lenguaje, que solo hablan del pasado, y de manera trivial; que muestran la ciencia, la técnica, el arte, como obras de seres inalcanzables, y como productos que ya nos vienen dados. Estos libros, al menos los que hemos trabajado, no incitan a forma alguna de creatividad.

Hagamos un alto a través de órdenes, de esos agujones que van constituyendo nuestro ser, del poder que busca el equilibrio de una sociedad anclada en la violencia; hemos citado al querido Piaget cuando nos alerta sobre el peligro de las consignas, las opiniones colectivas y las corrientes de pensamiento hecho de medida; hemos hablado de la imaginación como la capacidad de inventar, de descubrir, de soñar, de poetizar, de jugar con el lenguaje; hemos denunciado formas enfermas de imaginación, las que se orientan hacia la muerte, la fealdad y lo grotesco, las que se cierran en el conformismo, las domesticadas.

Llamo maltrato infantil a todas las variantes de violencia simbólica aplicada a los niños, a todas las acciones humanas que tienden a conformar una imaginación enferma. Llamo maltrato infantil a los agujones que van siendo clavados desde la más temprana infancia, a las consignas, las opiniones colectivas y las corrientes de pensamiento hecho de medida, a todo lo que pone frenos, mutila, destruye la capacidad e inventar, de descubrir, de soñar, de poetizar, de jugar con el lenguaje. Maltrato practicado con la gran mayoría de los niños de todos los sectores, ya que el autoritarismo impregna a la sociedad en su conjunto. Pero sin duda esa práctica adquiere la máxima virulencia entre los pequeños de las grandes mayorías de la población latinoamericana, porque viene a sumarse a condiciones mínimas de nutrición, al trabajo infantil, a carencias de estimulación temprana, de espacios para desarrollar las actividades motrices; en fin, al abandono y la miseria. Nuestra percepción de todos estos problemas puede aparecer como extrema. ¿No queda un solo resquicio para formas de relación diferentes? ¿Todo lo que se orienta a los niños está fatalmente impregnado de órdenes, consignas, agujones? No somos amigos de idealizaciones. Basta asomar a las calles de cualquier ciudad latinoamericana, a buena parte de los programas televisivos, a la cartelera del cine, a muchos materiales escolares, para inclinarse hacia una percepción extrema. Sin embargo ninguna sociedad se ha cerrado del todo, ninguno ha llegado al equilibrio del autoritarismo y de la violencia, a pesar de que muchos han soñado con conseguirlo. Estas líneas que hemos denunciado marcan tendencias generales, pero no han logrado penetrar todas las conciencias, todas las conductas, todos los corazones. Junto a ellas, contra ellas mejor, luchan formas de relación distintas. El amor, la solidaridad, la creatividad, no son palabras huecas, señalan modos de vida, de encuentro tan reales y presentes como los agujones, la violencia simbólica, la imaginación enferma; modos poco representados en los medios de difusión colectiva, en cuyos mensajes campea un individualismo atroz; poco tomados en cuenta en la escuela, a pesar de una reiterada retórica, pero vivos en las relaciones inmediatas, de padres e hijos, de pareja, de grupos.

Lucha desigual, entonces. Basta comparar el espacio dedicado a películas como "Cobra" y "Rambo" y otras por el estilo, con el que se destina a mensajes que promueven, relaciones solidarias. Basta evaluar las oportunidades culturales existentes en cualquiera de nuestras ciudades, los lugares de recreo, de encuentro para los niños. Basta estimar los recursos dedicados a abrir caminos a la creatividad infantil frente a los absorbidos por la industria de la guerra, en la cual han entrado hace ya años los juguetes.

Lucha desigual. Las relaciones que podrían significar una alternativa a las corrientes sociales más generalizadas pocas veces tienen el apoyo de los Estados o de organizaciones internacionales. La defensa del derecho a la imaginación queda confiada a declaraciones, a experiencias casi siempre Aisladas o a lo que pueden hacer algunos padres de familia o algunos educadores. Y en todo caso, cuanto estos logran algo llegan a unos pocos niños. ¿Qué hacer entonces? El derecho que nos ocupa queda casi siempre para lo último entre otras urgencias. Sin embargo, en él se juega en gran medida la cultura de nuestros países. Los niños colonizados hoy por la violencia simbólica poco tendrán que ofrecer mañana, carecerán de libertad, como lo señala Elías Canetti:

Seamos realistas, no existe sociedad alguna sin violencia simbólica; el concepto de niño es algo muy reciente en la historia de la humanidad (apenas en ese siglo hemos comenzado a reivindicar ciertos derechos), millones de pequeños son forzados a la supervivencia, a una precaria adultez, sin que nadie se ocupe de su imaginación ni de su hambre.

Sin embargo, hay espacios en los que podría intentarse algo, el mero reconocimiento de los problemas no asegura las soluciones. El derecho a la imaginación abarca por lo menos tres de esos espacios:

1. Los medios de difusión colectiva;
2. La escuela;
3. Las relaciones familiares;

Si bien la oferta de los medios no es uniforme, su corriente de mensajes, en especial la televisiva, se orienta hacia la imaginación de la violencia y de la muerte. Una permisividad absoluta, una apertura sin límites a cuanto mensaje llega desde los grandes centros mundiales de producción constituyen una suerte de suicidio cultural. Muchos de nuestros países latinoamericanos se han lanzado en esa dirección. La ausencia de evaluación de los materiales, de criterios para juzgar los programas, ha llevado a una introducción irracional de producciones en las que campean la violencia y la muerte; los modelos individualistas, las relaciones sociales rayanas en el salvajismo.

No buscamos una descalificación sin más de los medios de difusión. Pero para asegurar en ellos un respeto al derecho a la imaginación, no podemos dejar de evaluar, de juzgar los programas. Porque también hay programas orientados a la vida, a las relaciones sociales, al amor y también estos son producidos en grandes centros mundiales, si es que un país opta por continuar de eterno cliente de mensajes ajenos.

La tarea de juzgar y evaluar entronca necesariamente con una política nacional de comunicación. La irracional entrada de mensajes para niños suele ser un claro indicio de una irracionalidad en todo lo que atañe a la comunicación social.

La defensa del derecho a la imaginación en este ámbito lleva a revisar el modo en que en una sociedad se promueven y defienden relaciones diferentes a la que difunden los ideólogos de la violencia y de la muerte.

Y no se trata aquí de caer en el viejo y siempre actual tema de la censura. Cuando la decisión sobre los productos comunicacionales se deja en unas pocas manos, el control puede amenazar a cualquier tipo de oposición. Pero en cambio el defender a los niños de los embates de formas enfermas de imaginación, es una tarea de la sociedad toda, de sus instancias organizativas más grandes y más humildes. Lo que viene a implicar la necesaria apertura de canales de expresión y

de opinión para que la decisión sobre los productos comunicacionales, la defensa del derecho a la imaginación, sean una responsabilidad compartida por diferentes sectores de un país.

En pocas palabras, no hay manera de proteger a nuestros niños sin una democratización de la comunicación, y esta última va ligada necesariamente a una democratización de la sociedad. Pasemos al segundo de los espacios propuestos: la escuela. Ya mencionamos a esta como uno de los ámbitos privilegiados de la práctica del discurso domesticador. Queda claro: aludimos a la escuela como institución, a sus reglamentos, a su percepción del mundo infantil, y no al esfuerzo que muchos maestros hacen, a veces en contra o a espaldas del sistema, para abrir cauces a la creatividad de los niños.

El discurso domesticador ha sido denunciado por no pocos pensadores. Pienso en Rousseau, con su Emilio, en Simón Rodríguez, con sus riquísimas propuestas educativas; en Celestine Freinet, en Paulo Freire, en Piaget. Y junto a esa denuncia ha habido y hay vigorosas experiencias. Sin embargo, las líneas generales de la enseñanza formal se orientan a frenar y muchas veces a mutilar, la capacidad creadora de los pequeños.

No es el caso de insistir aquí en un análisis que muchos han hecho. Intentemos más bien algunas propuestas:

1. La toma de conciencia por parte de docentes y padres de familia del alcance del derecho a la imaginación. Podrían emplearse aquí recursos como circulares pedagógicas, encuentros, campañas institucionales y masivas. Muchas reformas que han buscado ampliar los márgenes de actividad infantiles se han estrellado con esa falta de conciencia.
2. La elaboración de guías didácticas de análisis de mensajes, destinadas a los maestros y, mediante ellos, a niños y padres. Un modo de enfrentar la imaginación de la violencia, de la muerte y de la fealdad es a través de recursos de lectura crítica de mensajes. Estos últimos existen, pero están muy lejos de ser socializados. Se abre aquí la necesidad de un urgente diálogo entre comunicadores y educadores.
3. Una revisión del discurso (entendido como recursos expresivos y temas tratados) de los libros de texto escolar.
4. La recuperación y difusión de experiencias llevadas adelante por docentes sin más apoyo y recursos que su empuje y creatividad. Quienes han defendido el derecho a la imaginación en la escuela han sido casi siempre los maestros, algunos de ellos, en realidad. Pero sus iniciativas o se desconocen por aisladas, o se pierden por falta de incentivos, o son combatidas por ciertas instancias del poder escolar. Una recuperación sistemática de esas formas innovadoras, nacidas al calor del entusiasmo y la práctica permitiría una corriente de mensajes destinada a promover el conocimiento y el intercambio de experiencias.

Estas propuestas apenas si abren un sendero en el camino a recorrer para transformar la educación en nuestro países. No entraremos a consideraciones más radicales; porque ya otros lo

han hecho y porque buscamos movernos en el campo de lo posible, dentro de las actuales condiciones de los sistemas escolares.

El tercer espacio, el de las relaciones familiares, es sin duda el más complejo de todos. Digámoslo de entrada: la toma de conciencia del derecho a la imaginación y la práctica para que éste se ejerza están ligadas directamente a una reducción del cotidiano torrente de agujones que denunciamos al comienzo.

Por este camino nos abrimos a la utopía: en una sociedad sin agujones el pleno respeto al derecho a la imaginación está asegurado. Todo lo cual desborda lo comunicacional: una sociedad sin los agujones del hambre y la miseria, de la dignidad y la explotación. La utopía es el ideal al que no podemos renunciar. En camino a ella van algunas propuestas.

1. La vigencia sin restricciones del derecho a la comunicación como un horizonte necesario para ejercer el derecho a la imaginación;
2. el apoyo a formas democráticas de análisis de lo comunicacional: asociaciones en general, sindicatos, organizaciones campesinas; apoyo que lleve los resultados del análisis al plano de las decisiones sobre las políticas comunicacionales y los mensajes difundidos masivamente;
3. el apoyo, por todos los canales posibles y con los mejores recursos, a las actividades infantiles que permitan un desarrollo de la capacidad de proyectar situaciones distintas de las vividas, de inventar, de descubrir, de soñar, de poetizar, de jugar con el lenguaje;
4. el apoyo a los mensajes y experiencias que alienten la solidaridad y la paz; que excluyan las incitaciones de las ideologías de la violencia y de la muerte;
5. la difusión de guías de lectura crítica de mensajes entre la población, a fin de generalizar una actitud activa, analítica, frente a los productos que llegan a través de los medios masivos.

Todo camino a la utopía es difícil. Las múltiples formas de maltrato infantil son una fracción de condiciones sociales más amplias. Ni éstas ni aquellas tienen por qué desaparecer mágicamente. El derecho a la imaginación, como todos los otros, se irá ganando palmo a palmo, a través de largos procesos históricos. Muchos siglos le ha costado a la humanidad llegar a la formulación (en más de una sociedad no se ha pasado de ahí) de los derechos de la mujer, de las minorías indígenas, del derecho a la alimentación, a una vivienda digna, a la intimidad, a la seguridad física y psicológica, a la comunicación.

Quiero ofrecer, para terminar, un ejemplo de todo lo que he venido denunciando. Mazzinger, el robot, tiene una compañera mecánica llamada Afrodita. Es alta como una torre y tan violenta como él. Cuando quien la maneja ataca al grito de ¡Cohetes atómicos!, los pechos de Afrodita se agitan y salen disparados, convertidos en bombas; en su lugar quedan dos huecos humeantes. He aquí una inversión total del origen de la vida. He aquí una muestra de hasta dónde las ideologías de la violencia y de la muerte se apropian de los símbolos más antiguos y hermosos de la vida para volcarlos al espectáculo de la muerte. Quien amamanta su imaginación con monstruosidades

semejantes, bien puede terminar por aceptar como válida y necesaria la destrucción de la humanidad.